REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXVIII — San José, Costa Rica — **1934** — Sábado 3 de Marzo — Núm. 9

Año XV. No. 673

SUMARIO

Estampas

En Valle pensamos...

Centenario primero de su muerte

22-XI-1780 — 2-III-1834

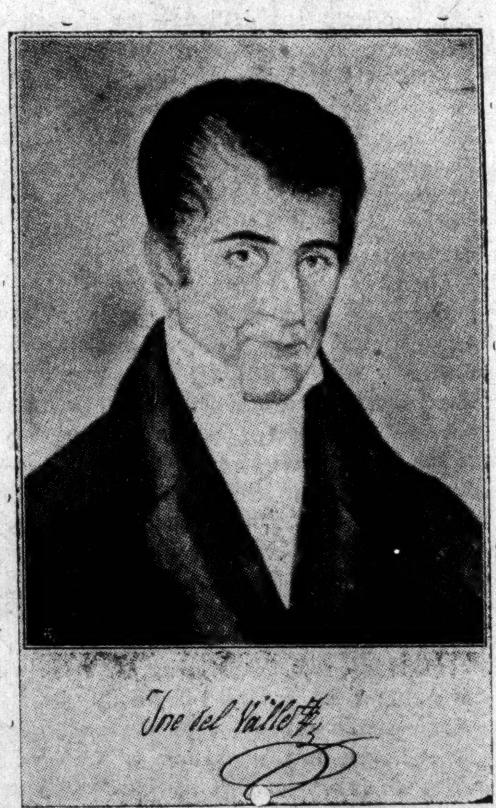
Por JUAN DEL CAMINO

= Colaboración =

En silencio recibe esta América olvidadiza el centenario de la muerte de José Cecilio del Valle. No hay recuerdo para el hombre de inmensas y profundas preocupaciones americanas. Con Valle debemos gritar en esta fecha aleccionadora: "Escribid, americanos, hijos de este grande y hermoso Continente... Escribid, americanos, formados por el genio del siglo. Esta grande mitad de la tierra no puede ser iluminada sin cantidad grande de luces. Los indios, que forman el máximum de la población, son todavía, después de tres siglos, tan incultos como quería que fuesen la legislación que los regía. Las otras clases no poseen aún todos los principios que deben hacer su felicidad; y las ciencias bienhechoras son todavía ignoradas, o no poseídas en su totalidad. Escribid, americanos dignos de iluminar la tierra. Si el hijo de la Europa piensa noche y día en los intereses de su Patria, el hijo de la América ¿será indiferente a los derechos de la suya? La Europa llena el mundo de gacetas y periódicos para dar a la opinión el movimiento que le interesa. Y la América ¿olvida dar a esa misma opinión la marcha que le conviene?" Con Valle debemos hablar a esta América desunida porque lo que su visión trazó sigue como advertencia para las generaciones que anhelen trabajar y moverse en un batallar incesante. Es una mitad de la tierra metida todavía en la tiniebla cocolonial. La luz que abata y dé claridades no se riega. Valle nos grita su orden y en seguirla está el acierto. Acabar con la indiferencia que nos mata. No honremos al gran espíritu con recuerdos infecundos. Aleccionemos nuestro entendimiento con lo que nos dejó como fruto de su genio. Sin volvernos pesimistas, sin dejar que el desánimo nos aniquile.

En Valle pensamos, porque Valle es de los grandes de esta América. Sus escritos son obra viva. Léalos el estudioso y encuentra asuntos para su meditación. ¿Qué se escapó a la preocupación del escritor infatigable? Y escribió para construir. Valle es de los constructores que llegan al siglo sin abatirse. Decirlo no es pretensión de descubrirlo. Es afirmación de que sus ideas nos han retenido dándonos el sentido hondo de su vida. El coloniaje no lo enredó en su maraña ni pudo limitarlo. Rompió la espesura colonial y nutrió su inteligencia y pudo regar luz. En aquella época agresiva fué superior al medio que estiraba el raigambre igualador y aprisionaba. La barbarie tuvo en Valle un enemigo que la acosó. Contra él hubo luchas y se abrieron abismos. Un día es acusado y responde: "No tengo ambición, ni es posible que la haya en quien conozca toda la delicadeza de nuestras circunstancias. No pretendo empleo: no deseo destinos: ni he mendigado sueldos. Abro mi alma para que la lea el que quiera. Mi primera pasión: la que ha formado mi carácter y creado el género de mi vida, no es la de mandar, especialmente en la época más espantosa para los mandos: no es la de estar cosido a un bufete leyendo procesos insípidos o repugnantes. Es la del estudio en las delicias del retiro y soledad: la de cultivar esas ciencias que han sido el primer placer de mi alma: la de leer lo que ha publicado el talento en libros inmortales, gloria del hombre, orgullo de la especie".

¿Cuál fué el puesto de Valle en esta América nuestra? El del reformador de clara visión. La respuesta la tiene pronto el que siga sus escritos y medite en lo variado y universal de la estructura que el prócer supo darles. Se mueve en suelo cogido por el engranaje colonial que todo lo achica y lo criba para que el sistema no desaparezca. Contempla pueblos sumisos a la espada dura del colonizador. Tienen necesidades esos pueblos, muchas necesidades, pero es limitada la influencia exterior. Valle aparece como una fuerza de redención y se plantea el problema cultural, el económico, el agrícola, el político. Todos los problemas nacidos en aquel medio primitivo son del estudio serio de Valle. Sorprende el dominio tan grande que tiene sobre cada asunto. No es un teorizante ni un simulador de ciencia. No puede serlo, porque es, primero que nada, un hombre que siente el dolor de las poblaciones y busca el camino para redimirlas. Cuando la independencia se apodera de estas naciones, hace por afianzarles su libertad, cuanto esfuerzo puede. La tradición del coloniaje se desarraiga de su vida y entonces su vi-



En el centenario del prócer

= Envío de los autores =

A los cien años de su muerte, la figura de don José del Valle—el prócer centroamericano por antonomasia—asume actualidad auténtica y se perfilan los caracteres más puros del ideólogo, el estadista, el maestro. El 2 de marzo de este año será un infausto motivo de recordación, al encender recuerdos hacia el hombre que fué el personero de una minoría, el vidente desconsolado, el político que fracasó en un medio incomprensivo. Y la República que él soñara dichosa y cuya fe de bautismo escribiera, está hecha trizas por los caudillos y los que fueron incapaces para salvar incólume el tesoro de los fundadores.

Pero ese aniversario, que se anticipa con su propio fulgor, sirve a las almas selectas—que rinden reverencia al que no sólo fué un prócer cívico sino

(Pasa a la página siguiente)

da es rumbo y oriente cierto para la nueva era. Las poblaciones lo tienen como poder que combate por ellas sin abatirse. "Hay pobres y ricos, afirma. En una área de millares de leguas geográficas, cinco o seis ciudades ricas y mil pueblos de infelices... Almas frías e indolentes; ¿cuál es el secreto para serlo en medio de tantos gritos de la indigencia, derramándose tantas lágrimas, habiendo tantos hombres que sufren? ¿Cómo es posible volver los ojos y dejar de pensar en cuadro tan triste: censura del poder: oprobio de la riqueza: humillación de la especie?" Sensible al dolor humano en una época en que el hombre es esclavo y combatir esa esclavitud atrae odios y persecuciones. Combatirla en Guatemala, su escenario social, en donde inmensas masas indígenas padecen sumisión impuesta por el colonizador. Valle anda en una tarea arriesgada, pero la cumple porque siente el padecer de la gente desvalida. Quiere interesar a cuantos mira con capacidad para volverse agentes de redención. La ignorancia lo aterra como factor de esclavitud. Quiere desterrar ignorancia y piensa que la lectura lo hará. Recomienda entonces así: "Comerciantes, buscad el bien de la patria. No seáis conductores del error, o agentes de las preocupaciones. Pedid facturas de libros, son las obras que dan más honor a la especie. Pero pedid las que os designen los hombres ilustrados, los hombres que marchan a la par del siglo, los hombres que no tienen interés en conservar errores, útiles a una clase, dañosos al mayor número. Ciudadanos, no cooperéis a la riqueza del mercader con el sacrificio de vuestras potencias. Comprad libros. Es el gasto más útil. Pero comprad los libros que os aconsejen los hombres de luces: los libros que defienden la causa de los pueblos: los libros que enseñan a pensar y a decir: los libros que a la lectura de una página los cierra el lector para saborearse con lo que ha leído y prepararse nuevos goces en lo que ha de leer: libros que a cada capítulo nos hagan levantar de la silla y dar saltos de contento, viendo nuevos horizontes y nuevos espacios iluminados con nuevas luces. Para atacar la ignorancia, ese monstruo, origen de nuestra pobreza, causa primera de nuestras calamidades, es necesario aproximar los comerciantes a los sabios: es preciso que los segundos den luces a los primeros".

Es continuada la aspiración de Valle por redimir de la miseria y de la barbarie. No se quiebra en ningún momento. Su universalidad de conocimientos le da variedad enorme de temas. Estos suelos tienen en sí los más grandes recursos para hacer pueblos superiores. Hace falta explorarlos. Los bosques son de vegetación rara y sorprendente. El subsuelo está lleno de minerales valiosos. Las aguas son vías de comunicación y agentes fecundantes. Valle conoce la capacidad en potencia que existe en cada una de esas riquezas naturales. Sabe y divulga su saber. Escribe prolijamente y da el dato científico y acomoda su conclusión filosófica. No es pedante. El pedante tan generalizado en los pueblos ignorantes, es funesto. Impone sus cuatro ideas y se vuelve pontífice. Valle es realmente un promotor grande de cultura. Es necesario, tratando de presentarlo con el ánimo de que sea buscado y leído, dar a cada paso la cita iluminada. "Vuelvo a mis deseos, dice, porque abunda en ellos un pecho que ama el bien y jamás ha aprobado el mal. Yo quisiera que se formasen cartillas de las ciencias más necesarias: Cartillas rurales que ilustrasen a los labradores: Cartillas fabriles que instruyesen a los artesanos: Cartillas económicas que diesen los elementos de la ciencia de la riqueza: Cartillas políticas que difundiesen los principios de la ciencia social: Cartillas matemáticas que enseñasen las primeras nociones de la aritmética y geometría". Es decir, quiere luchar contra la incultura. Esta es su preocupación de todo momento. Los pueblos tienen que libertarse de sus incapacidades que los atan a la miseria. Y sólo dándoles cultura y haciéndoles sentir que pueden crecer y ser fuerzas que construyan su propia grandeza. La Cartilla difunde ciertos conocimientos y prepara la curiosidad para otros. En las manos del necesitado, por elementales que sean los conocimientos, abren un camino de luz. Valle habla de que es mucha la luz que se necesita para alumbrar esta mi-

En el centenario...

(Viene de la página anterior)

también uno de los más altos paladines de la cultura—de motivo para enjuiciar todo un siglo de dolor y de inútil esperanza en los cinco pueblos que pudieron ser un gran pueblo feliz. Y presta magnífica oportunidad para invitar a la acción generosa a los universitarios de Centro América que residen en tierra mexicana,—donde aquel pensador acrisoló su vida y orientó sus destinos—que afirman que sólo reconociendo los esclarecidos valores del Espíritu y tratando de interpretar la realidad cruel en que esos pueblos se debaten, aspiran a que alguna vez los improvisados y los audaces cedan el paso a los que sólo creen en la eficacia del trabajo y de la conducta para marchar al ritmo de nuestro tiempo y poner manos a la obra en la lucha por las reivindicaciones sociales.

Invocamos en este centenario de su muerte—haciendo pausa de meditación—la gran sombra veneranda y bajo sus auspicios de fundador hacemos un desagravio a nombre de los cinco pueblos que se deshermanaron al conjuro de diabólicos númenes. Su majestad de pensador aislado, su permanente proceridad, la elevación de su ideario—no importa las rectificaciones que él mismo le haría—tienen tal vigor humano, tal afán de simientes en acción, que tenemos a orgullo en señalarlo como un testimonio de que hay en Centro América material insigne en las minorías para marcar un rumbo a las masas humanas que esperan la justicia social.

Nos ufana proclamarlo así, para decoro de una colectividad que ha padecido largos días hostiles, tanto por parte de sus enemigos interiores, como de quienes la han hecho presa que se desangra en las garras de la desorganización. Una vida como la de él—fuerte y austera—basta para salvar las caídas de muchas generaciones víctimas del motín, ludibrios del caudillo ignaro y el banquero feroz. Y es así como el solo hecho de reconocer en José del Valle una actualidad magisterial, un ejemplo a seguir, regocija al prócer ante la posibilidad de que algún día tendrá epígonos que sean capaces de recoger su bandera y de encender su antorcha.

Rafael Heliodoro Valle, Gonzalo Pascua, Roberto Rivas Córdoba, Julio Bueso, Federico Herrera A., Manuel Flores Rosa, Ricardo Pineda, Guillermo Alvarado, Augusto Santos Pineda, Guillermo Galeano F., Ricardo Matamoros, C. A. Borjas, E. Reina García, Rómulo Reyes Flores, Juan Lara Z., Carlos A. Zúñiga, Abraham A. Meza, Salvador R. Paredes, Martín Paz, Raúl Figueroa López.

Se adhieren: ***Vicente Sáenz, Raúl Cordero Amador, Horacio Espinosa Altamirano, Eloy Cordero Amador, Roberto Barrios.***

México, D. F., 5 de enero de 1934.

tad de la tierra. Lo sabe y batalla porque cada pueblo logre dar su fanal.

Alecciona a los pueblos en un sentido admirable cuando reflexiona en la calidad de representantes que han de llevar a sus deliberaciones. Con lo cual desconfía del policastro y lo sitúa en la realidad que siempre ha tenido. Valle sabe cómo es de funesto el engañador político y por eso lo señala como mal terrible. No pueden los pueblos descuidar sus elecciones. Deben vigilarlas y poner su voto allí en donde haya firmeza. "Del acierto o desacierto en las elecciones va a pender nuestra felicidad o destrucción". Habla para una época penetrada de coloniaje, pero no es menor la amenaza que continúa azotando a estos pueblos después de la independencia. Pedía cuidado para elegir al representante que tendrá que hacer leves para nación libre y recomendaba: "Elegid a aquellos que hayan dado pruebas inequívocas de adhesión a vuestra independencia absoluta si queréis consolidarla: elegid a aquellos que amen a este suelo si queréis su cultivo y riqueza: elegid aquellos que llenos de consejo y prudencia puedan guiaros con ella a igual distancia de la licencia que olvida los deberes y el despotismo que destruye los derechos: elegid a aquellos que tienen energía bastante para elevarse sobre los intereses mezquinos de individuos o cuerpos y decretar leves que tiendan al mayor bien posible del mayor número posible... Pero haciendo elecciones que os hagan honor, desovendo la voz de la intriga y despreciando las artes de la seducción..." El discernimiento que Valle quiere para la masa electora es sin duda una virtud que no ha aparecido en ella. Se la ha prostituído y el espectáculo actual es bochornoso. Valle es aleccionador, no porque sus afirmaciones de hace un siglo hayan prendido con beneficios reales, sino porque continúa señalando un camino de honor. Los pueblos tienen que convertir sus elecciones en algo honrado. Tienen que pensar en sus representantes con espíritu diferente al que da la plaza de ganado cuando hay que elegir ganado de engorde. Valle señaló lo que es en verdad mal corruptor. Pura aspiración suya. Puro anhelo de redención de un hombre que sintió el dolor de tanta población ignorante. Pero es conquista a la cual tenemos que acercarnos con resolución grande.

Inmenso el panorama que hizo nacer José Cecilio del Valle. Se cumple el siglo de su muerte y no hay en él mucho que disuene. En cada aspiración suya puso la fe de un alma visionaria. Entendió bien su papel de constructor. Siguiéndolo en ese itinerario de sus escritos que nos ha venido guiando desde hace largo tiempo, encontramos una naturaleza fuerte. Es de necesidad rescatarlo de cierto olvido en que está. No nos pongamos a lamentar esa pequeña desgracia, porque nos volvemos infelices y en lugar de ayudar al prócer lo acabamos de condenar a la relegación que no merece. Digamos con él: "El hombre de bien se presenta en cualquier parte a donde le llame el honor; y yo soy hombre de bien en toda la extensión de mi ser, en toda la latitud de mi vida, en la acepción más estricta de la palabra". Hagamos en su centenario un honor, sin el cual nuestra vida no es digna de trabajar por el bienestar e independencia de nuestra América, difundir a José Cecilio del Valle. No esperemos a que las agencias panamericanizadoras de los Estados Unidos lo descubran y entonces se conviertan en administradoras y reguladoras de su gloria. A nosotros toca volver a Valle a su plano de actualidad para aprovecharnos de su videncia. Sólo nosotros podemos trabajar con él. Panamericanizarlo es matarlo para la creación. Y es fuente inmensa de inspiración que no puede segarse.

Escribid, americanos, digamos con él. Escribid para que esta América oiga a sus hijos en la más fuerte de las defensas por su libertad. No recordamos el centenario de Valle para trasladar miradas a una tumba. Queremos que nazca en las generaciones nuevas de nuestra América la fe por uno de sus más grandes espíritus. Su centenario realizará la obra.

Costa R ca, marzo de 1934.

Antología de Valle

= Sacada del tomo II de las *Obras* de José Cecilio del Valle. Guatemala, 1930. =

Palemón

Las primeras semanas del mes de agosto no habían dado un día que no fuese diluvial. La atmósfera parecía océano inagotable. Caían torrentes que inundaban los valles: se creía derramada toda el agua del cielo: se esperaba una atmósfera limpia y luminosa; y volvía a amanecer henchida y oscura. No se veía ser alguno de la creación animal. Los vegetales estaban doblados al peso de tantas aguas: el cielo encapotado: la tierra inundada. Era el cuadro triste del diluvio.

Al fin cayó la última gota; y anunció un día más bello que los de primavera. Todos los seres salían contentos a gozar de la luz y pasearse por la naturaleza. Unas aves cantaban alegría en las cimas de los árboles: otras giraban por el aire en tornos veloces. Las plantas levantaban sus ramas abatidas: la cabra trepaba colinas: el potrillo jugaba por el llano; y los pastores y labradores se unían alegres para contarse mútuamente sus tristezas y cuidados en los días anteriores.

Palemón, el más anciano, habló a todos en estos términos: "La alegría universal ha hecho fiesta el que debía ser de trabajo. Hagamos útil este gozo general. El mes anterior ví un suceso que no he podido olvidar. Un labrador llevaba al pueblo dos fanegas de maíz. La caballería que las portaba no pudo afirmar los pies en el pendiente peligroso que domina una barranca lateral: si guió deslizándose a pesar de las diligencias con que el labrador le tiraba del cabestro; cayó al fin en lo profundo de la quiebra, hecha piezas sin duda; y el infeliz, penetrado de dolor, dió un suspiro y se sentó a llorar".

"Volemos todos a componer el declive: hagamos que no vuelvan a repetirse desventuras que atormentan y hacen derramar lágrimas. No hay delicia más pura: no hay gozo más plácido que el de hacer bien. Es sabrosa la leche de la vaca de Polion: es dulce la miel de la colmena de Aminta. Pero es más sabrosa, es más dulce la beneficencia. El día en que se hace bien es día de contento: más rico que los de cosecha abundante: más hermoso que los que alegran el campo".

Un enjambre que descubre jardines poblados de flores, no vuela a los nectarios de ellas con más rapidez que los pastores y labradores. Todos corrieron a traer azadones, piquetas, hachas, barras, etc., y regidos por Palemón, cantando unos, saltando otros llegaron al pendiente: le aplanaron al momento: empedraron algunos puntos; y volvieron gozosos con la luz de la luna a entonar jácaras, merendar y bailar.

Menalco

Menalco había sufrido los rayos abrasadores del medio día en un campo sin agua, sin verdor, sin otros seres vivientes que arbustos secos, imágenes tristes de la esterilidad y desolación.

Afectado de sensibilidad por los que sufren lo mismo que él había sufrido, su sueño había sido profundo como el de los hombres laboriosos que trabajan el día entero. Pero despertó con la aurora, y su primera idea fué el sufrimiento de sus semejantes.

Era hermoso el día. Jamás se había visto otro más bello. Parece que la naturaleza rebosaba gozo por la acción que lo iba a distinguir.

Menalco cortó estacas de los árboles más útiles y hojosos: hizo un haz pequeño de ellas, y poniéndolas a la espalda salió para el mercado a vender las frutas de su huerto.

Las iba plantando a orillas del camino, a proporción que avanzaba en él: las cercaba de espinos para que nadie se aproximase a quitarlas; y cuando terminó su trabajo, volviendo los ojos a las que eran plantadas: "Creced, decía, gérmenes tiernos, escondidos en las yemas de esas estacas; brotad, desarrollaos con las lluvias que comienzan en esta bella estación. Ya la atmósfera está hermosa y llena de vida. Mañana: el día siguiente, serán regadas las tierras con las aguas puras del cielo. Las estacas que he plantado serán árboles frondosos, poblados de hojas verdes, cubiertos de frutas sabrosas como las que llevo. Los pájaros vendrán alegres a posar en ellos y cantar sus amores. El caminante: mis hijos, Juanito y Tonito (delicias de mi pecho) cuando vayan al mercado a vender frutas no serán abrasados de calor: tendrán sombras que los refresquen, frutas que los regalen. ¡Qué gozo tan puro el que penetra todo mi ser! Generaciones enteras van a sufrir menos, sólo por el trabajo pequeño de una hora. Los ricos tienen alamedas para ir a regoldar después de mesas de vinos y manjares; y para los pobres que les llevan frutas regaladas no hay un árbol que dé sombra. Con los fondos públicos: con las erogaciones de los vecinos se han hecho obras suntuosas; y mi abuelo, mi padre ni yo, vimos jamás gastar una moneda en alivio del caminante. Dios es padre universal de los infelices. Su bondad hará que esta hermosa estación sea más abundante que todas. Alejo, mi vecino, destinó un árbol de su huerta para dar frutas a los pasajeros indigentes. Ese árbol es el más copado, el que da manzanas más grandes".

Tirreno

Tirreno, labrador de edad, encontró llorando a Aminta. Qué bella era esta joven vestida con sencillez sin otras gracias que las del pudor, la inocencia y el aseo!

—Mi padre, dijo Aminta, sufrió mucho atravesando esta costa bruta y salvaje, sin caminos ni posadas. Fabricó una pajiza; pero limpia y cómoda: juró tener siempre alimentos sanos y agua fresca para los pasajeros que transiten: yo fuí a traer la que ves del riachuelo que corre en lo profundo de aquella barranca, y al volver me hirió la espina que me hace derramar lágrimas.

—Las que viertes, dijo Tirreno, deben ser de gozo y alegría. ¡Qué placer tan grande sufrir por hacer bien! Yo beso las que derramas. Ven, joven amable. Ya he sacado la espina que te hería. Ven: quiero conocer al padre que hizo voto tan útil a los hombres.

Tirreno caminó gozoso, penetrado de placer; y al ver a Milón, Dios te conserve, le dijo, padre digno de Aminta, amigo del caminante. Enseñaste hospitalidad a tu hija; y Aminta sabe ejercerla. Yo te abrazo, anciano venerable. El cielo haga feliz a quien socorre a los infelices. ¡Oh! Si los que viven en las ciudades tuvieran corazón sensible! No hay casa que no tenga fuentes. Los perros inútiles del rico tienen agua más abundante que los arrieros que le llevan alimentos, o los pobres que caminan para buscarlos.

José Cecilio del Valle

Radiografía del intelectual distinguido que resultó profesor sensato

Por LUIS ALBERTO SANCHEZ

= Envío de *E. E.* Buenos Aires. =

Yo tenía un profesor de Moral, en mi Universidad, allá por el año 18. Este profesor era desinteresado, espiritualista, bergsoniano. Creía que la libertad es un acto escondido en las reconditeces del "yo profundo", pero vivía y actuaba—Bergson lo dice—en pleno "yo superficial". A nosotros también nos exigía que así viviéramos. El mundo no había sido creado por mandato divino, como reza la Biblia, porque eso no lo podía admitir su mentalidad teñida de positivismo; pero tampoco admitía su alta jerarquía intelectual que el mundo hubiera provenido de una evolución tan prosaica como la que reseña Darwin y amplía Spencer; un sabio señor "civilista" no puede descender del mono, aunque acaso, haya genealogías menos deseables. Por eso, se refugiaba en el "élan vital". Acuerdo entre la Biblia y Darwin, teoría que por lo transaccional debiera haber adoptado el simbólico pseudónimo de un nuevo escritor del Perú: **Martín Adán** (Darwin y Moisés).

Mi profesor sabía de las últimas teorías filosóficas. No estoy seguro de que conociera directamente a Kant, pero, sí, a los comentaristas de Kant. De Marx conocía las críticas, pero, ¿podríamos afirmar que recorrió la vía crucis alucinante de su voluminoso "Das Kapital" y el estudio sorprendente sobre la "Miseria de la Filosofía"? Con todo, era ciertamente un poco honesto. No rehuyó hablarnos del "materialismo histórico" entre los métodos lógicos de investigación, y aunque, sugestionado por los juicios de Filippo Macchi, refutara el "materialismo histórico" a causa de su "monismo económico"—error crasísimo, pues tal monismo económico no existe, aunque sí el predominio de lo económico y de la materia, discrepancia con Hegel y su **Idea** todopoderosa—el primer trabajo que nos encomendó en su curso versaba sobre "La Moral y el factor económico". Y, cosa curiosa, este espiritualista no desdeñaba ni lo utilitario, ni lo económico, sino antes bien relievaba la importancia de Bentham y de Marx, a quien había conocido—estoy seguro—a través de Labriola y Wilfredo Paretto. Se explica tal actitud. De un lado, la época. Sin haber aparecido Einstein, ya existía el relativismo como doctrina metafísica, y, en "La Contingence des lois de la Nature", Emile

Boutroux había sentado la teoría del contingentismo, del acaso y la imprevisibilidad de los fenómenos. De otro lado, mi profesor conocía, prácticamente, el valor de lo utilitario y lo económico. Y si su devoción por Bergson y Croce lo conducía a la idealidad, su vida le aconsejaba ser leal para con el utilitarismo y el financismo. ¿Cómo echar por la borda, sin incurrir en solemne hipocresía, su biografía entera? ¿Viajero por Europa, a fuer de filósofo y maestro, de didacta y de profesor, no era posible olvidar que el arte desinteresado, la purísima Estética y la impecable Moral, tienen una cotización en el mercado, cuando, a consecuencia de loarlas y alabarlas, se realiza el truco del apóstol pero se cobran las treinta monedas. Los nombres de los apóstoles comienzan con Pedro y no estoy seguro de que acaben con Judas. Pero, al menos, Tartufo apareció después.

Mi profesor anduvo por tierras de Francia, Italia, Suiza, España. Cada vez retornaba con la aljaba cargada de propósitos y sugestiones francesas, italianas, suizas, españolas. Su facilidad mimética conmovía realmente. Yo me he preguntado mil veces cómo harán ciertos cerebros para absorber—esponjas—el agua cercana y destilarla, luego, a menudo sin retener nada. De su última andanza, volvió mi profesor conmovido. El mundo no era el que había conocido. En diez o doce años, Europa había enloquecido. Croce y el fascismo. Bergson y el marxismo creciente. Einstein y Spengler. Leyó a Spengler en Europa. No había querido leerlo antes, porque, como estaba de moda en Lima, presumía que se trataba de un charlatán más. Sólo cuando supo que había sido traducido al francés—tres o cuatro años más tarde que la edición española de Morente—le tomó en serio. La aduana intelectual está en París. No lo olvidemos, camaradas de la línea iconoclasta, para que almacenemos experiencia...

Una tarde, solíamos charlar largas horas, se abrió la conversación sobre mil tópicos. Yo no le respetaba nada, pero me interesaban su opinión y el documento humano. Aquella tarde saltaron nombres a la palestra dialogal. Mi profesor me hablaba de Henry de Mann con más curiosidad que otra cosa. Se trataba de "Más allá del Marxismo". Las observaciones agudas de De Mann chocaban con la ortodoxia de ciertos marxistómanos, mas no con Marx. Yo le hacía notar que José Carlos Mariátegui escribía, justamente en refutación de De Mann y del reformista Bernstein, su "Defensa del Marxismo". Y que, aunque discrepante en parte de Mariátegui, pues dentro del marxismo caben varias interpretaciones, era necesario tomar en cuenta la contribución de José Carlos. Mi profesor arrugó la frente, se acomodó los anteojos sobre la nariz roma, y me preguntó con cierto desdén:

—Pero, ¿ese joven Mariátegui es realmente una capacidad? Si no ha pasado por la Universidad...

Ahora que Waldo Frank le dedicó su "América Hispana"; ahora que en todo el mundo intelectual se recuerda y se respeta a Mariátegui, debe haber cambiado de opinión. La aduana intelectual está en París. O en "La Revista de Occidente". Lo había olvidado...

Otra vez, charlábamos de cuestiones de orientación:

—Le confieso que acabo de leer a Rodó. He vivido muy lejos de esto de América, porque siempre lo he encontrado postizo y repetidor, y he preferido los modelos a las imitaciones, pero tanto me hablaron de Rodó. Sobre todo Pancho García Calderón me lo ha elogiado poniéndolo por las nubes. Y lo he leído.

—¿Todo?

—Creo que casi todo. Lo grave es que leyéndolo recordaba párrafos de Renán y de Guyau, íntegros. Aquella loca del "Esquisse d'une morale sans obligation ni sanction" estaba de cuerpo entero y con sus vestidos auténticos. No se puede negar que es un hombre sereno, ¿pero no le habrá pasado a él también lo que a tantos otros, que, por mirar Europa, cuando volvimos los ojos a América, nuestra visión estaba deformada y padecíamos de presbicia y astigmatismo europeos?... Por ejemplo, Renán dice también en su "Reforma intelectual y moral" que los obreros deben hacer su tarea y la de los intelectuales, mientras éstos especulan... Yo siempre he opinado así, pero a veces dudo...

Una tercera tarde, tocamos tópicos de agitación juvenil y de educación:

—Sí, hay indisciplina, pero es fenómeno mundial. Yo pensaba que su amigo Haya de la Torre—había cierto acento de despecho en sus palabras—era un hombre extremista y poco profundo. Hoy he rectificado. Su impulso era el de la juventud. Su afán de renovación le cegaba acaso, pero ha sido su acicate. Ustedes exageran, pero no se puede negar que estudian y que se han librado totalmente de los prejuicios. Por ejemplo, a mí, V... (aquí un nombre de un celebrado intelectual arielista), me había convencido de los aciertos de "La Defensa de Occidente" de Massis, pero, comparándola con Spengler, me he persuadido de que ese Massis es un propagandista charlatán. Yo no creía en el "materialismo histórico", y aunque permanezco en mi trinchera espiritualista, convengo en que el aporte de Marx al planteamiento del hecho humano, ha sido formidable. Y hasta hay veces que creo que, en verdad, la moral varía por la metamorfosis de la realidad económica, de la estructura económica del mundo...

Sí, profesor, viejo profesor octogenario: así es. El charlatanismo "idealista", en realidad gaseoso, ha estafado con demasía a la humanidad, cerrando sus ojos a los auténticos problemas. Bernard Shaw nos pinta en su "Pigmalión" lo que cambia la moral de un individuo al mudar de condición social. Los escrúpulos siguen el ritmo de la posición económica. El humanitarismo también. Pero, la demagogia peor no es la que habla de revoluciones aun en sentido catastrófico, sino la que exalta sumisiones, excelsitudes espirituales para anestesiar el hambre y la sed de las mayorías oprimidas. Demagogos que, alguna vez, cuando, en el Perú, González Prada enunció su "Los viejos a la tumba, los jóvenes a la obra", creyeron que se trataba de una masacre de valetudinarios y pusieron el grito en el cielo. La incomprensión no ha tenido nunca patria ni cronología. Es la pre Internacional que no se ha disuelto aún. Como el oportunismo y la hipocresía. Y otras cosas más.

L. A. S.



Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

Los jóvenes

«El hombre del equipaje en el pañuelo»

= De *El Sol*. Madrid =

Siento como un deber de animar a los jóvenes en las circunstancias presentes. Se habla de crisis, y se profetiza un difícil porvenir para los que empiezan ahora. El domingo pasado, un profesor de Derecho, hablando de política, dijo que a veces sentía compasión por los muchachos que llegan a sus aulas. Se recordó que en Madrid hay abogados que hacen de conductores de tranvías y que lo más que pueden esperar los ingenieros es ser asalariados de una gran Empresa.

Yo he comenzado varias veces la vida, porque he tenido que desplazarme, y dudo que haya más dificultades para uno que empieza en una hora crítica del mundo que la que tiene el que llega desconocido a un país extranjero, aunque sea sin crisis. Mi experiencia es que aquel que tiene algo que dar es bien recibido. El que vende cualidades que se requieren para un país o para un momento determinado encuentra comprador. Me refiero a comprador y a buen precio de sus servicios. Los muchachos jóvenes no tienen que tener miedo ni de esta crisis ni de otras mucho peores que pudieran venir. Hay siempre demanda de fuerza, juventud e inteligencia. En los tiempos presentes, más que nunca se necesitan colaboradores. Los que inician o dirigen servicios saben muy bien que no pueden pasarse sin lugartenientes, que subirán de grado en grado al cargo de director general.

Es para aleccionar a la juventud con algunas ideas precisas que me distraigo de otros quehaceres que deberían monopolizarme. La primera cosa que debe hacer el muchacho joven es no proponerse nada anacrónico impropio, inadecuado a nuestra época. Aquellos que van a las aulas de Derecho para lucirse después con una toga y una borla, y tener bufete con papel timbrado, y casarse con la niña que conocieron en Cestona..., éstos, naturalmente, pasarán por la agonía de no tener pleitos y acabarán de conductores de tranvía; pero aquellos que van a las aulas decididos a hacer de conductor de tranvía para ir estudiando más y ayudar a los vecinos, a los parientes y hasta a otros conductores de tranvía, éstos acabarán por ser abogados de Sociedades de obreros y hasta acaso de Sociedades de patronos. Hay un falso romanticismo de las profesiones llamadas liberales que se paga duramente. Se quiere ser médico no para curar, sino para tener visita. ¡Qué gusto ir atareado, entrar en las casas con empaque de mágico prodigioso que devuelva la salud, escribiendo garabatos como recetas! Estos son los "sin trabajo" de levita, más pobres que los obreros desocupados.

En América conocemos bien que hay que empezar desde abajo. Muchas veces aquí me preguntan cuánto hace falta para ir de emigrante a un país americano. Contesto: "Nada, ni un céntimo; desgraciado de usted si llegara con mil pesetas. Querrá hacer allí lo que ha hecho aquí, y las perderá y tendrá que empezar de nuevo". Los ingleses dicen que hay dos tipos de hombres que hacen carrera en las colonias: "el hombre de las cinco mil libras esterlinas y el hombre del equipaje dentro del pañuelo", y yo añadiré que esto será verdad para los ingleses que van a sus colonias, pero para los enteramente extraños a un país de Ultramar, la ley es justa sólo para el segundo tipo de emigrantes. El que empieza la vida sin nada tiene una gran ventaja sobre el que puede perder una pequeña fortuna. La libertad de movimientos le procura una grande audacia.

No es, pues, la falta de recursos ni hasta de conocimientos lo que produce el fracasado, el "raté", como dicen los franceses. La causa del fracaso de tantos desdichados es empeñarse en ser lo que no son y que los otros no quieren que sean. En el fondo, es la misma cosa, porque los otros no quieren que sean aquello que no son, porque con este empeño pierde todo valor su personalidad y sus servicios. Cada uno puede dar algo único y excelente, y si lo ofrece con sinceridad, sin egoísmo, encontrará su retribución. No hay nada más exacto que buscando el reino de Dios se reciba todo lo demás por añadidura.

Al escoger la ocupación material a que va a consagrar su vida el joven, debe advertir no proponerse nada que no lo consienta lo que llamaríamos "atmósfera espiritual" de los tiempos. Por poco que pueda, en lugar de escribir sonetos, escribirá argumentos para películas cinematográficas; en lugar de hacer un poema en doce cantos, escribirá una novela en doce capítulos. En la mayoría de los casos, lo mejor es que no escribiera nada, que estudiara física y matemáticas, y es muy posible que acabara por sentirse con vocación para ingeniero o capataz. A veces me preguntan mis estudiantes cómo deben continuar trabajando para llegar a ser escritores. Sueñan con una casita en la costa, con una mesa cerca del fuego, con cuartillas a llenar, y yo les contesto: "Para escribir hace falta sólo una cosa: tener algo que decir. Siente usted la necesidad de descargar su conciencia con alguna revelación que tenga que hacer a la humanidad. Si no la tiene, deje usted el ideal de la "casita de escritor" y póngase a limpiar zapatos o a fregar platos, y quién sabe si dentro de unos cuantos años tendrá usted bastantes experiencias acumuladas que requieran ser lanzadas en letras de molde".

Hay actualmente mil cosas nuevas que permiten desplegar un romanticismo muy superior al de los tiempos de Espronceda y del duque de Rivas. Un muchacho que no vacile en ponerse al diapasón de su época, encontrará ocupación y aun beneficio. Aquel que quiera hacer lo que hizo su padre, peor aun, el que persiste en lo que ya hizo su abuelo, éste será estrujado sin remedio. La vida ha sido siempre un río; pero ahora estamos en unos rápidos. Los que

vayan con piraguas envejecidas, naufragarán. Los que quieran seguir la corriente entre los escollos, saldrán victoriosos a un cauce más ancho. Es un error decir que esta generación toda ella sufrirá de la crisis. Unos se beneficiarán de ella; otros, en cambio, perecerán sin compasión de nadie.

En una época bien estabilizada hay lugar para las medianías; se perdonan los errores; se consienten desvaríos; se les da a los rezagados birretes y togas y hasta capelos de cardenal. En una hora de metamorfosis hay que ser hombres sanos, inteligentes y confiados en el porvenir. Hay que llegar a la vida como el emigrante de equipaje en el pañuelo, sin supersticiones sociales, dispuesto a hacerlo todo, pero siempre bien.

José Pijoán

Madrid, 19 de enero de 1934.

La tragedia de lo grande

= *Colaboración* =

Frecuentemente nos quejamos de nuestra pequeñez; hablo de las republiquitas, pero allá cada uno es dueño de más o menos categoría, con visos de personalidad. En tanto que por estas tierras de grandeza, el jefe es un señor que se pierde de vista, y los empleados unos señores nadies, juguetes de lo que llaman cooperativas, infelices que después de veinte años de trabajo todavía nadie sabe quiénes son y que después de ese lapso, malamente se han ganado la comida. Es frecuente el caso de destituir un empleado después de veinte años de servicio, porque se ha vuelto viejo.

Esa condición sin horizonte, ha traído en este país positivamente positivista, una reacción aérea, y se ha creado una clase de delirio de grandeza, que sin ser de asilo es una enfermedad mental.

Oiréis hablar a este caso clínico de negocios fantásticos, de dominios fabulosos; si en un teatro hay veinte artistas, invariablemente han seducido diez, porque las diez restantes no valían la pena. La más pequeña idea se convierte en manos de estos señores en un futuro de fantásticos millones.

Son incurables; las desilusiones nada pueden, porque se han leído la vida de tal o cual millonario que empezó barriendo calles, y eso es alentador. El proceso consecuente de las cosas poco les importa, las técnicas no cuentan.

Un día se quedan sin trabajo; entonces, la reacción es total y el drama es de harapos dentro de una mente de millones. Tal vez es la defensa de la personalidad que ha creado un segundo individuo contra esa segadora de ambiciones y agavilladora de esclavos. Eso son esas grandes cooperativas de cabeza grande y lastimosa cola.

Max Jiménez

New York, 1934.

Bolivia, nación oceánica, no rioaria

La solución con Chile, no con el Paraguay

= De *Venezuela Futura*. Nueva York, N. Y. =

Nueva York, 25 de agosto 1932.

Don Walter J. Decker
Cónsul General de Bolivia
233 Broadway
Nueva York

Muy distinguido señor:

En carta de 15 del actual usted me hace el honor, que aprecio y agradezco mucho, de pedirme para su revista **Bolivia** un artículo sobre los últimos acontecimientos en el Chaco; y me dice que los lectores de la revista y el gobierno boliviano especialmente verían con suma complacencia mis opiniones imparciales sobre la cuestión de fronteras con el Paraguay.

De la disputa de límites en sí misma, en sus méritos, nada puedo decir, pues no soy juez en ella. Escribí y publiqué en mi revista **La Reforma Social,** en 1929, la historia de la cuestión.

Cuanto a los últimos acontecimientos en el Chaco, es decir, el derramamiento de sangre y el estado efectivo de guerra, los deploro en mi corazón y su lección me causa el más hondo dolor y desaliento.

Ninguna querella de límites en América ha sido resuelta por la guerra, excepción hecha de la guerra del Pacífico, que no fué de límites sino de conquista. El arbitraje o las negociaciones directas han resuelto todas las cuestiones de límites en América, en tiempos en que la guerra era reconocida como un derecho de las naciones y considerada como la oportunidad providencial para el engrandecimiento personal y nacional. Es inconcebible que en nuestros tiempos, en que la guerra está repudiada y execrada y proscrita como un crimen, el mayor de los crímenes, y en que se han multiplicado y universalizado los recursos para la consumación pacífica de la justicia en las diferencias internacionales, Bolivia y el Paraguay apelen a la guerra para el arreglo de su controversia de límites.

La guerra no resolvería esta cuestión. El país vencido no firmaría jamás la paz del vencedor. Aunque la firmara, la conquista sería inútil, porque no sería reconocida por las naciones. La guerra sería tan larga que agotaría a ambos países y provocaría una intervención que impondría una paz sin cesiones territoriales.

Cuando a fines de 1881 una guerra por cuestión de fronteras entre México y Guatemala pareció inminente, el Secretario de Estado, Mr. Blain, escribió al Ministro de los Estados Unidos en la capital mexicana: "...habría otra lamentable demostración del llamado derecho de conquista en este continente; la interrupción general de las relaciones amistosas de las repúblicas americanas y el diferimiento por un tiempo indefinido de aquel sentimiento de simpatía, aquella comunidad de propósito y aquella unidad de intereses de cuyo desarrollo depende la futura prosperidad de estos países..."

El mundo no puede comprender que en todos los años de controversia los dos países no hayan convenido en un medio práctico y eficaz para conjurar el peligro constante de los encuentros y choques de las fuerzas fronterizas. El mundo no puede comprender la impotencia crónica de los dos países para salvar la paz entre ellos.

La experiencia de los últimos cuatro años ha enseñado que las negociaciones para un pacto de arbitraje son vanas mientras sean posibles los choques militares en el Chaco, los ataques recíprocos a los fuertes; mientras persistan la perenne tensión y el perenne peligro. El establecimiento de una zona neutral confiada a una comisión internacional americana, es indispensable para que las negociaciones sean fructíferas. Si la política de los dos países no es, como no puede ser, la guerra, no hay razón alguna para que la paz no sea definitivamente afianzada sobre las bases de una zona neutral y el sometimiento a arbitraje, previo el regreso al estado de cosas anterior al 15 de junio último.

Bolivia no debe ignorar u olvidar que ella es naturalmente una nación oceánica, no una nación rioaria; que sus destinos están en el Pacífico, no en el Paraguay; que es en su costa ingénita del Pacífico donde debe concentrar sus miradas. La ambición nacional de Bolivia no puede ser el Chaco, sino la reintegración de su territorio en el Pacífico. Una guerra por el Chaco, aun victoriosa, sería pírrica, y debilitaría a Bolívar, alejándola indefinidamente de su ambición nacional natural, en cuya realización yo tengo fe, mediante el fortalecimiento y el engrandecimiento de Bolivía en la paz.

Soy de usted con la mayor consideración.

Jacinto López

El General Sandino

= *Envío del autor*. Bogotá, 23 de febrero de 1934. =



Debía morir así, en plena juventud, en forma trágica, para conservar en el mundo el prestigio de un símbolo. No era agradable imaginar al héroe envejecido, apaciguado, retirado de la lucha, sino en la forma de Artigas. Como el viejo comandante de blandengues, confinado al Paraguay por su propia voluntad indómita, para sustraerse al reclamo de los mismos a quienes había favorecido y no le habían correspondido sino con la ingratitud, Sandino ha podido envejecer, pero en la soledad, en el desierto, donde nadie lo viera ni nadie fuera anotando los desfallecimientos de su voluntad, la lenta e inevitable desintegración de su organismo.

Pero mejor caer a la manera de los amados de los dioses! Sandino, uno de los pocos hombres que en vida conocieran su leyenda, que adquirió ante las multitudes del mundo un misterioso atractivo de rebelde tenaz, que tenía una movilidad de azogue y de cometa, debía estar destinado para las cargas en que detrás de los fusiles atemoriza más el nombre que el disparo, y para cruzar el cielo americano con la velocidad del cuerpo errante que pone en la noche, sobre un cielo de pizarra, su firma luminosa, y se hunde luego en las profundidades del espacio insondable.

Bella, noble, airosa, desconcertante, la figura del ilustre bandido! Bandido a los ojos del extranjero invasor, que no podía comprender la actitud fiera del que renunciaba al provecho personal, a la vida regalada que le hubieran ofrecido, a cambio de que reconociera el impúdico orden y el impúdico gobierno de su patria. Bandido para los que no estimaban regular, ya en plena lucha, sino la disposición de ponerse, en formación rigurosa, con sus huestes, al alcance de los fusiles sanguinarios.

Pero héroe y estratega y dueño de un divino arte indígena, para cuantos seguían con ojos ansiosos sus movimientos de guerrilla y que en el momento de mayor tensión, cuando temblaban por su suerte, recibían la noticia de que había logrado escapar, protegido por la magia o por el viento o por las nubes. Tenía semejanza, como combatiente, con nuestro negro Marín, tan audaz, tan cauteloso, tan acostumbrado a cansar al enemigo. Se le perseguía, se le sitiaba, se le acorralaba. Avanzaban las tropas del gobierno. En el instante de prenderlo, el negro se volvía humo, se volvía estrella, reaparecía en otra parte. Y así era Sandino.

Pero Sandino era más. Era la conciencia de su pueblo, el emblema de la libertad de América. El prefería la humildad de Nicaragua al soñado esplendor bajo tutela. Jamás comprendió cómo un gobierno apelaba a los soldados extraños para castigar a sus desafectos y para lograr una pacificación que no estaba en la fuerza sino en la moral. El quería la tierra libre, aunque sobre ella no se elevaran sino las tenues espirales de las chimeneas campesinas y estuviera lejos la espesa y negra columna de las fábricas, la estridencia de los motores, el halago de la producción en serie y de los complicados mecanismos que van roturando la tierra, convirtiéndola en tapices de verdura, transformando la materia en bienes perecederos.

Eso vendría más tarde, adquirido por el propio esfuerzo, cuando fuera honroso tenerlo, cuando no significara la compra de las conciencias ni la venta del propio territorio. Como allá Chamorro había firmado un tratado inicuo con el señor de la nariz ganchuda y del vestido de barras salpicado de estrellas, Sandino recogió en su espíritu todas las ondas de la indignación silenciosa y se lanzó a la brega sin nada, con su machete y con su voluntad, para ir conquistando poco a poco los adeptos que no fueran platónicos y los elementos que le sirvieran para vencer a los destacamentos extraños.

Sus proezas, tañidos a rebato del romanticismo en una edad realista y sucia, fueron de tal categoría y en tal número, en tal fastuosa sucesión de episodios, que su nombre iba llenando de idealidad todos los años del siglo. Y combatió a Díaz, el lacayo de los poderosos del Norte. Y combatió a Moncada, su compañero de gestas, convertido a la religión de Moloch por impotencia o por cálculo. Y hubiera combatido a su propio padre, porque su rebeldía no era contra los hombres sino contra los sistemas.

Cuando Hoover prometió la desocupación, terminada de realizar durante Roosevelt, y cuando Sacasa, que había sido la protesta aunque no el valor ni la constancia, llegó al poder, Sandino, que había logrado abrir una sangrienta brecha en las fuerzas de ocupación, que había minado cerros, producido cataclismos, destruído propiedades extranjeras, mantenido a raya al invasor, capituló y se dispuso a seguir su vida humilde, en una patria que había vuelto a ser patria, merced en grado enorme a los resortes de su voluntad y a la energía de su brazo.

Es en tales circunstancias cuando lo sorprende la muerte en forma aleve, en la sombra, en el miedo, en la estupidez de los sicarios, de unos brutos empedernidos que no pudieron darse cuenta de que el pequeño hombre de bronce era el alma triunfal de Nicaragua. Hay dolor, hay luto, por la ausencia de él, en todo el continente. En dondequiera que un alma de patriota palpite y que a la integridad de los fueros nacionales se le rinda el culto que imponen la dignidad y el orgullo, la calidad de hombre y la religión del derecho, sonará la protesta y se contraerán los rostros en un gesto de amargura.

Sandino ha caído, pero para levantarse. Jamás como a partir de ahora habrá estado tan presente en el recuerdo de su pueblo y en la devoción de América. Hacia él, hacia su sombra, dirigirán los ojos los aquejados de ideal, los celosos de la libertad, los que sientan por la patria un amor de león, más allá de la ternura honda e inmodificable, con rugidos y con zarpas listos para entrar en ación, al contemplarla invadida o humillada. Sandino asesinado es un signo de interrogación que se abre en el nuevo mundo y es un dolor que cae sobre las naciones que lo forman. En todos los corazones latinoamericanos se deben izar las banderas a media asta.

L. E. Nieto Caballero

Tres pláticas de José Vasconcelos en el salón de actos del Colegio Nacional de La Plata

= Reseñas tomadas del *Boletín de la Universidad Nacional de La Plata*. Rep. Argentina =

1).—Hispano-américa ante el nacionalismo agresivo de Europa y Estados Unidos.

Comenzó expresando que ya el título de su plática debía suscitar las prevenciones de un sector numeroso de la opinión que pugna por un internacionalismo generoso, superior a los prejuicios y las suspicacias del nacionalismo antiguo. Desde el principio convenía, pues, oponerle la realidad política y económica del egoísmo que triunfa en el mundo, cierra las fronteras a los productos y al trabajo extranjeros y muestra a los pueblos replegados sobre sí mismos en una actitud dictada por motivos biológicos y de afinidad racial.

Luego, volviendo la vista a América, prosiguió: "Pero lo que preocupa y aun alarma o debe alarmar a los directores de la opinión en nuestra América es el hecho singular de que mientras los pueblos grandes y aun los pueblos ayer sometidos y anarquizados, como por ejemplo, la China, todos los pueblos obedientes al llamado del instante se organizan y fortifican en torno a programas precisos según planes concretos; sólo los noventa millones de hombres que hablan español parecen sordos y lo mismo España —azotada, por el momento, por el localismo—que los pueblos hispánicos de América, seguimos viviendo la ideología simplista, abstracta y falsa, la ideología palabrera que con discursos cree deshacer las realidades de una situación que promete convertirnos en los parias del universo. Unicamente en Hispanoamérica se acusa de estar fuera de la realidad a quien afirma la verdad elemental, que, sin embargo, niegan los libros escritos por extranjeros y aun algunos de los libros que se escriben entre nosotros, el hecho notorio de que no hay en el mundo una raza más homogénea que la que puebla nuestro continente desde el Río Bravo o Río Grande hasta el Plata y la Patagonia. Se pierden en las fantasaís de la literatura quienes imaginan toda suerte de relaciones entre el hibridismo latino-criollo que prevalece en Buenos Aires, pongo por caso, y el hibridismo de cepa sajónica que se desarrolla en el Africa del Sur o en Australia. Con asomarse a la provincia argentina aprenderá el literato la primera lección de patriotismo ibero-americano y es que nuestra parentela, humilde si se quiere, pero auténtica, original y sólidamente enraizada, se reparte los Andes y la tierra madre, las mesetas templadas y las costas ardientes del continente hispano-americano. También los Estados Unidos pasaron por este período de nostalgia, propia del colono débil; también allí los espíritus se empeñaron en pegarse a la costa atlántica para seguir recibiendo el reflejo de los antiguos lares. Pero la solidez, el poderío de la nación norteamericana, empezó cuando los colonos fuertes se pusieron a levantar a Chicago, la metrópoli yanqui que estuvo segura de superar el pasado. Para nosotros no suena aún la hora de unión racial porque todo está en embrión, paralizada en su desarrollo la idea nacional y patriótica que ha de crear capitales en el interior de nuestro continente y para realizar en ellas la tarea de la cultura autóctona, enriquecida con todos los gérmenes del globo, pero una y única en la configuración y en el ritmo de su ciencia y desenvolvimiento".



José Vasconcelos

(Dibujo de *Esqueriloff*)

Al continuar el desarrollo de estas ideas el doctor Vasconcelos "opuso a los que condenan raza y patria en nombre de antiguallas como el internacionalismo, la cartilla de la realidad que ellos mismos dicen reconocer como maestra": se refirió así a la acción reciamente nacionalista que desarrollan los laboristas ingleses, la Federación americana del trabajo y la Unión socialista rusa de los Soviets.

Destacó luego la necesidad de que Hispanoamérica recobrase su autonomía y expresó que para llegar a la realización de tales propósitos no basta constituir una numerosa población en una extensión dada del globo, sino que esa población debe haber llegado a plasmarse como un todo distinto de los demás. Se preguntó si tal ocurría con los países ibero-americanos y para contestar esa demanda prosiguió: "Para renovar, diferenciar y a la larga salvar las especies, la naturaleza aplica un método que es de la invención y empieza ésta a manifestarse entre nosotros, creando, dentro de las circunstancias originales, métodos de vida, puntos de vista adecuados. Si se nos pregunta cuáles son las capacidades en que el ibero-americano puede igualar o acaso exceder al norteamericano, al europeo, ya no será legítimo responder que estamos en el aprendizaje y que todavía no plasma nuestra idiosincracia. Está ya constituída un alma original y genuinamente ibero-americana y sólo falta aplicarla a los menesteres de la cultura. Hasta ahora la hemos aplicado a las mismas disciplinas del europeo, sólo que en condiciones de desigualdad; por ejemplo, un físico en Méjico o en la Argentina tendrá que trabajar en competencia con el talento extranjero colocado en situación desventajosa por la falta de tradición científica nacional, imperfección del instrumental de laboratorio, etc. En menor grado ocurrirá algo semejante con el médico o con el sociólogo. Pero sí nos aplicamos en cambio a disciplinas en que el europeo está fallando en la actualidad, por ejemplo, en la crítica de arte. Y para concretar consideremos la pintura. Quien desee informarse por libros de la significación del arte pictórico tendrá que recurrir a la numerosa literatura de la época escrita por franceses, alemanes, ingleses e italianos. Y en cada una de estas disertaciones encontrará junto con la luz la sombra del prejuicio nacionalista. Resulta entonces obvio que la crítica del arte pictórico está esperando al ibero-americano de genio que ha de ir a los museos de Europa, ya no como hemos ido todos a recibir la lección del Baedecker manual o del Baedecker universitario, sino a juzgar con nuestro criterio y por encima de los nacionalismos francés, inglés, italiano, etc., cuáles son los caracteres y las modalidades que determinan el valor de la pintura. Ejemplos de tan alto relieve espiritual podrían multiplicarse; los descubriréis vosotros mismos con sólo que la reflexión se suelte y se sacuda la parálisis que determina el complejo de inferioridad en que nos mantienen los doctos, a menudo muy ilustres, pero poco avezados en la disciplina del parto en las almas".

El conferenciante concluyó con las siguientes palabras: "Para que sea viable nuestro nacionalismo debe imponerse la exigencia de mantenerse constantemente a la vista de un horizonte más amplio que el de los viejos nacionalismos. Para que sea noble y signifique un progreso en esta hora de simples li-

quidaciones y revisiones se hace necesario que nuestra originalidad y nuestro nacionalismo lleguen a ser tan comprensivos, fecundos y vastos que para los demás hombres constituya una liberación y para nosotros una victoria del crecimiento. Por la imitación no llevamos otro camino que el de la servidumbre. Por un camino de un nacionalismo limpio de recelos, seguro de su ruta y vigoroso para la asimilación y la recreación, acaso conquistemos ese universalismo que en tantas ocasiones han vislumbrado los grandes del género humano y que hoy naufraga en la mezquindad progresiva de los nacionalismos imperialistas logrados y caducos a pesar de su momentáneo poderío".

21, Octubre, 1934.

2).—*La revolución y sus errores. La reacción y sus peligros.*

Comenzó manifestando que constituye un rasgo singular de estos movimientos contemporáneos el hecho de que obedecen a una ideología engendrada al amparo de las libertades de la democracia, pero que fracasa dentro de la democracia misma y en seguida logra sus propósitos o cree hallarlos en los pueblos decaídos por la acción de sistemas de gobiernos tiránicos. La revolución rusa es fruto de la idea marxista concebida, propagada en Alemania, en Francia y en Inglaterra, y fracasada en la práctica de todos estos pueblos. Y si, en cambio, ha podido establecerse en Rusia es porque allí encontró un medio social debilitado moralmente por la corrupción del régimen zarista.

En una manera análoga—añadió—"la serie de las revoluciones mejicanas de los últimos veinte años, carentes — a excepción del movimiento modernista— de una ideología propia, son en la doctrina el reflejo de las prédicas socialistas y anárquicas de doctrinarios americanos del norte, que en su país fueron aniquilados como fuerza política. Y sólo el largo régimen debilitador de los caracteres, encarnado en el porfirismo, pudo crear el organismo en descomposición, que es necesario a la expansión de un extremismo catastrófico.

Se ve claro, entonces, que la democracia es capaz de sobrevivir a los ensayos políticos o económicos que ella misma incuba. En cambio, los pueblos ya tiranizados, ya connaturalizados con la ausencia de las libertades públicas, son fácil presa de la ilusión que promete mejorías a corto plazo, sin necesidad de trabajarlas, cimentarlas en el esfuerzo de las generaciones.

La otra conclusión que del hecho se deriva es que no son pueblos sometidos las naciones de segunda, las que imprimen el rumbo a la humanidad, por lo menos en lo económico y político. En el orden espiritual puede una Florencia minúscula superar a los grandes imperios de la época; puede un Uruguay rivalizar con la Argentina y con Méjico; pero para los más modestos menesteres del pan y el orden público son los grandes imperios de cada época los que fijan la norma. Y es también más fecundo el desarrollo económico-político de los pueblos bien alimentados, bien protegidos contra el ataque del delincuente y contra el atropello del estado, donde el bienestar medio sea más alto, donde la libertad humana sea más firme. Por allí sonará el clarín eficazmente redentor, mucho más que en las naciones en decadencia, que han de conquistar primero, como el mismo Marx lo reconociera, el régimen democrático, después la reforma económica que las circunstancias exijan".

Otro error tracendental de la revolución, expresó, "consiste en la supresión, en la persecución de la idea sobrenatural, en todos los aspectos de la actividad pública. No niega nadie que primero es comer, pero, ¿tanto desconfiamos del éxito de la economía que queremos aplicar toda nuestra naturaleza al problema exclusivamente económico? ¿No resulta un acto mayor de confianza en la economía el hecho de que exijamos resuelva el hecho económico y en seguida no se entrometa en los demás? ¿De qué se va a ocupar, de qué se va a divertir un pueblo bien comido? ¿En comer más? Preocupaos entonces de levantar hospitales. Pero si queréis ver al pueblo libertado de la necesidad y libre también de volver a caer en ella, dadle entonces arte. Ya sé que hasta allí no hay quien oponga objeciones, pero sí hay amigos y aun investigadores del arte que os dicen: el arte es juego libre del alma, más aún y en verdad un arte que no es religioso no es arte. O, lo que es lo mismo: que allí donde la preocupación de lo sobrenatural no está presente nada es bello ni grande ¿qué haréis, entonces, salvo que os fuera fácil extirpar por el fusilamiento a este género de locos rebeldes a la economía? Considero que lo cuerdo es que la economía se ponga en paz con el espíritu o se retire de su campo. Que se modernicen en las ciencias los economistas, ya que no existe la ciencia en que se fundó el materialismo histórico. Y que restituyamos todos al movimiento justo, sagrado, de la reivindicación y mejoramiento de las masas, la fuerza todopoderosa que ha levantado la especie sobre el nivel zoológico. El poder del espíritu que nos da un criterio y una aspiración por encima de la realidad que el economista maneja.

Nuestros excesos de revolucionarios han traído esta corriente peligrosa. Sin Lenines no habrá Mussolinis. Y no es justo que la América hispana se encierre en el dilema Roma o Moscú. A la exigencia de tal dualismo inaceptable tenemos nosotros que oponer períodos de corto ejercicio democrático, durante los cuales los hombres han sido en general más felices que en los territorios sometidos al doble ensayo terrible. Siquiera el pasado americano tomaba de Europa el útil y el ala, no el yugo. ¿Vamos ahora a importar una coyunda que sólo varía de marca de fábrica? No lo aceptará así ningún criollo de América. Y ni siquiera los indios querrán volver al incaísmo, al aztequismo de las dictaduras económico-espirituales si les explicamos lo que en verdad fueron incaísmo y aztequismo. Tampoco, es claro, vamos a conformarnos con la solución liberal de dejar hacer. La economía no tiene espíritu, por lo mismo no tiene derecho a la libertad. La economía es un problema de técnica y según la técnica científica hay que resolverla. Pero la técnica no es más que un útil y debe estar subordinada al interés humano y, por lo mismo, moral a quien sirve.

Por lo mismo, restituímos—concluyó—el útil a su papel de auxiliar de la mano, en vez de levantarla sobre nuestras cabezas como bandera, o nos dejamos vencer de Calibán, y entonces no es la civilización lo que va a perderse sino los pueblos que no tengan suficiente nervio para salvarla, para crear la jerarquía que es indispensable en el juego de los valores humanos. Y el peligro, el terrible riesgo de una reacción irrefrenada nos lo demuestra la historia en los miles de años de dolor y de miseria, que el régimen de privilegio y de casta ha otorgado a los pueblos. Despojemos entonces al espíritu de rebelión de sus excesos y desviaciones; restituyámosle el vuelo total de Prometeo, y veremos

otra vez la aurora tras la noche y la sombra".

27 Octubre, 1933.

3).—*Ideas para construir un nacionalismo progresivo hispano-americano.*

De las consideraciones expuestas en pláticas anteriores se desprende que el mejor programa se malogra en el instante en que el régimen que lo sostiene se transforma en dictadura. Igualmente es fácil comprobar que la democracia posee recursos que le permiten adelantarse a la revolución, tomando de ella el factor de progreso y evitando en cambio los abusos del personal turbio que prospera en la revuelta. Asimismo, un estudio atento de la función democrática nos revela que dentro de sus cánones existen recursos eficaces para el caso extremo de guerra o de grave perturbación económica o política. Consiste uno de estos recursos en la dictadura democrática que a diferencia de la pretoriana es temporal, es decir a plazo fijo y para objetivos concretos y sin exclusión de las responsabilidades que la sociedad impone al gobernante. También en el modo de originarse la dictadura temporal y accidental tolerable en una democracia se diferencia de la dictadura arbitraria, pues mientras ésta procede, por lo común, de un golpe de mano, la dictadura en la democracia tiene su origen ya en una elección general, ya en un plebiscito. Se entiende que el plebiscito para ser válido ha de producirse en favor de persona que no ejerce directamente ni indirectamente el mando. Ha de consentir en la designación aclamatoria del más justo y más apto para resolver en un instante dado la crisis de una situación y de un pueblo. Dictadura democrática fué la de Clemenceau durante la guerra europea, concluída la cual se consumó el sacrificio del Dictador, es decir, su alejamiento absoluto del poder, en holocausto de la libertad. Dictadura derivada de una elección es la que ejerce con innegable buena voluntad y aparente acierto el presidente norteamericano Roosevelt. Ni la democracia francesa ni la norteamericana han necesitado romper el orden constitucional o fusilar ciudadanos para salvar a la patria en circunstancias gravísimas.

Dentro de la democracia y sólo dentro de ella pueden desenvolverse aquellas doctrinas económicas que realmente sean las más adecuadas para resolver el problema de la justicia social.

En una verdadera democracia todo ha de ser libre, menos la economía. El uso del capital requiere reglamentaciones severas y no volverá a estar al arbitrio del gran propietario. Desaparecerá éste como ha desaparecido de los mares el corsario. Porque la función de policía y de fuerza ha quedado socializada, ya no se permiten las bandas armadas ni los ejércitos extraños a la nación; de igual manera el capital reserva de trabajo humano se verá sometido, lo que está siendo ya en todas partes, a preceptos y a normas que equivalen a la socialización o nos encaminan a ella. La actividad bancaria, especialmente, acaso la más culpable de toda el desequilibrio económico del día, se verá transformada. Acaso la clase destinada a perecer como consecuencia de nuestra crisis es la clase de los banqueros. Al tomar a su cargo los Estados el régimen de la moneda comenzó el desplazamiento de una casta que no supo, por falta de sentido ético, desempeñar el cometido del crédito. Y serán en adelante, los gobiernos quienes regulen los cambios, la moneda y el oro, el capital y el crédito. Pero, a fin de cumplir esta misión, que requiere honestidad y confianza, hoy más que nunca será necesario que la prensa esté libre para discutir y vigilar la acción gubernativa y que el funcionamiento democrático esté expedito para ejercitar el examen de la gestión administrativa y para imponerle sanciones. Un gobierno inderribable se convertirá fatalmente en un gobierno corrompido. Pero no hay mayor riesgo en dar todo el poder a un gobierno que a plazo fijo ha de presentarse ante el tribunal de la opinión y en su caso de la ley.

El momento es económico, se nos dice en todos los tonos y requiere soluciones económicas. La crisis es más bien moral, pensamos algunos y nos confirmamos en nuestra creencia delante del absurdo del café que se arroja al mar y del trigo que se deja podrir, a pesar de que el hambre azota a no pocas regiones. Ante la ciencia, que, hoy como nunca, podría resolver, sin esfuerzo casi, los problemas de la producción, volvemos a pensar que el problema del momento es ético más que económico. Más aun, creemos que en toda la historia hay alzas y bajas del sentido ético y que a tal ritmo corresponde la difusión del bienestar, más bien que a determinismos materialistas que ni la experiencia ni la lógica comprueban. De todas maneras, en lo que hay un acuerdo general es en el hecho de que el problema inmediato es el de la distribución de las riquezas. La distribución se hacía anteriormente conforme al sistema imperialista, que divide las zonas habitadas del mundo en metrópolis industriales y territorios de producción de materias primas. Roto para siempre este sistema, porque ni queremos ni podemos seguir comprando a la fábrica europea y norteamericana, por lo menos en las mismas condiciones de antes, deshecho el régimen económico contemporáneo por la competencia de los capitalismos imperialistas y la quiebra en que han caído, no nos queda otro recurso, así quisiéramos evitarlo, que reformar, a nuestra vez, el sistema económico de factoría que se nos había impuesto, sustituyéndolo con la economía equilibrada de la nación verdaderamente independiente.

El ideal es que cada nación produzca cuanto es necesario para una vida decorosa de su población. Casi no tendrá derecho a vida autónoma la nación que no fuese capaz de bastarse a sí misma en un plazo más o menos corto. La política del monocultivo ha producido la quiebra de Hispano-américa. En México falló la plata, pero el país podría rehacerse rápidamente si no se lo impidiese una administración desleal; en rigor nunca fué México país de un solo producto, salvo para la exportación. En el futuro, cada país será más o menos mono-productor pero para los efectos de exportación. Constantemente el trópico dará tabaco y bananas y el norte trigo y madera de pino. Pero lo que no debe volver a producirse es el caso de pueblos como los nuestros, que a cambio de un producto como el azúcar o la carne, cuyo precio fija el comprador, están o han estado obligados a tomar del extranjero toda su industria, aun las industrias de primera necesidad, como el calzado y los géneros.

Coincide, pues, el nacionalismo que se inicia en América con la necesidad económica de construírse recursos que antes venían de fuera. De fuera venían los capitales que en seguida extraían también nuestra riqueza para venderla en el exterior. Pero es claro que si se cierran—se están cerrando los distintos mercados para todas nuestras materias primas—los capitales también dejan de venir. Y no nos quedará otro recurso que consumar, con capitales propios, el desarrollo necesario al momento. Un desarrollo con miras a satisfacer las necesidades del consumo interno y ya no con miras a la exportación en grande. Y ¿de dónde van a salir esos capitales necesarios al desarrollo interno? Pues ¿de dónde salieron en rigor los grandes capitales que inundaron la América española en los últimos cuarenta años? Salieron del papeleo de los banqueros internacionales. A cambio de papeles o sea signos de créditos, billetes de banco, les dimos nuestras minas, les entregamos la explotación de nuestros ferrocarriles. ¿Hemos de seguirles dando dinero, encima todavía, de la mala partida que nos han jugado despreciando en todas partes la moneda; hemos de confiarles todavía el uso y el abuso del crédito, que ellos han desacreditado, en vez de tomar en nuestras manos la función del crédito, es decir convirtiendo el Estado en emisor, controlador, creador de la función capitalística? Seguramente que la más elemental prudencia aconseja tomar en nuestras manos el ejercicio del crédito, convertirnos nosotros mismos en banqueros. Por malo que sea un sistema económico enraizado en la administración nacional de nuestros países, no será peor que la administración que de nuestros recursos han hecho banqueros que en su propio país ocupan, con excepciones raras, el banquillo del acusado por verdaderos delitos de malversación de los fondos públicos.

Véase la persecución pendiente contra diversos ex-magnates de la finanza y la política de Norteamérica, juicios contra Morgan y el Chase, etc., etc. Ya desde antes de los escándalos contemporáneos el sistema del empréstito a la factoría está fallido por virtud de los abusos del prestador. Desde hace años se sabe que México perdió, por obra de la política de los banqueros a lo Morrow, la capacidad de pagar sus débitos internacionales. Y nadie sueña con que serán reembolsados los empréstitos que se otorgaron a Leguía en el Perú y a Machado en Cuba. Y ante esta situación de quiebra moral y, en ciertos casos de quiebra material de los prestamistas, ¿habrá quién todavía sostenga la conveniencia de seguir pagando lo mal prestado?

En estos instantes, que sin duda se volverán decenios de moratoria internacional, país que paga sus deudas internacionales consuma un estéril derroche. Se habla de la necesidad de conservar el crédito. Crédito ante quien ¿ante los procesados de Wall Street y reos de la justicia norteamericana? ¿No es mejor reservar esos recursos para pagarlos si acaso cuando aparezca el dueño después de que haya sido castigado el intermediario? Y no es lo más probable que la generación que nos suceda se verá obligada a cancelar la moratoria internacional ya vigente mediante una condonación recíproca que en nuestro caso iberoamericano sería justa equivalencia de lo que prestaron con lo que se llevaron.

Y en cuanto al crédito necesario para improvisar los capitales aplicables al desarrollo interno no hay casi problema. Es en la actualidad el Estado el único que puede salvar la moneda que tendrá tanto valor cuanto tenga honra la administración emisora, y poder de cohesión y de patriotismo el pueblo que sostiene cada administración. La exigencia de la economía y el crédito nos lleva entonces al problema de la necesidad de producir la unión nacional en intereses y en doctrinas, por lo menos durante los años de la rehabilitación de nuestras nacionalidades.

La unión nacional, en torno a objetivos concretos y no sólo de programas teóricos mínimos. Y la adopción de métodos de trabajo propiamente revolucionarios sólo que no abstractos sino nacidos de la entraña de una realidad viva. Por ejemplo, la descongestión de las ciudades en beneficio de las industrias del campo. Cuánto diera Europa por poder contar con las facilidades que nosotros tenemos para consumar este objetivo primordial en la economía del mundo contemporáneo. El método para lograrlo fué primero individual: el **pioneer** que dió como fruto el poderío norteamericano sobre dos océanos. Hay también el sistema de la colonización, que tan pobre resultado ha dado en manos de empresas que alejan al colono de toda posibilidad de convertirse en propietario. Ninguno de los dos sistemas sería aplicable en la fecha. La técnica ha avanzado demasiado para que resulte práctico el esfuerzo, un poco robinsoneano del joven que se labra tierra y hogar en las soledades del continente. Y ya no hay empresas capitalistas que pudieran despejar la selva, ni labradores que en ellas pusieran confianza. No queda, pues, sino la acción gubernamental que acomete el problema no con fines de lucro para el inversionista de capital y sí con el propósito económico patriótico de impedir el saqueo que inevitablemente originan las multitudes famélicas. Por supuesto que tal género de empresarismo gubernamental requiere la transformación del concepto mismo de la política; una politiquería fundada en el abuso del funcionarismo, en el reparto de empleos a los correligionarios, traerá siempre implícito el desastre más merecido y ruidoso. En cambio, un programa administrativo que decidiese crear cuarenta mil pequeños propietarios en el interior, acaso no requeriría mucho más dinero que el que se necesita para sostener veinte mil empleos inútiles como los que se reparten a los agentes electorales, en el período corrompido de las democracias.

Una democracia regenerada por el trabajo y la sinceridad. Un trabajo que rinde frutos de consumo y no el estéril trabajo del oficinista y una doctrina que aborda los problemas y ensaya resolverlos antes que perderse en consideraciones sobre la mayor o menor ortodoxia socializante o capitalizante. En suma, el partido político y después el gobierno apoyado por la masa de la población, con el crédito que permita poner en movimiento el capital circulante que fomenta el trabajo y la industria. Ninguna otra fuente de capital existe ya en el mundo si bien se mira. Pero la validez de capital creado por los gobiernos dependerá del propósito leal que anime a los emisores de la moneda, propósito de servir los intereses generales no los de un grupo. Y es para equilibrar el interés de los grupos donde aparece insustituible la democracia con su libre discusión y periódica revisión de los manejos de los funcionarios.

Deberemos, pues, exigir al futuro inmediato gobiernos capaces de asumir la tarea de organizar el trabajo con la tendencia a la emancipación de los ciudadanos, no a su sumisión abyecta al fetiche hegeliano y maloliente: el Estado.

Deberemos exigir que los futuros gobiernos, encarnación de estos nacionalismos que impone la hora, se decidan a fortalecer el desarrollo local, de tal suerte que sea imposible una vuelta al estado de sumisión económica que acaba de transcurrir y, al efecto, la política internacional deberá orientarse en sentido racial iberoamericano. Con la mira decidida e inmediata de consumar pactos aduaneros, alianzas políticas de los países geográficamente conexos y no sólo racialmente ligados. Por ejemplo, **zollvereins** de Argentina, Chile, Brasil, Uruguay, Paraguay, Bolivia en el sur. Colombia, Venezuela, Ecuador, Perú y Panamá en el norte del continente austral; México y Centro América y la Unión Antillana en el norte.

A este efecto, el entusiasmo, el ardor del patriotismo deberá orientarse hacia la creación de la marina mercante que establezca el cabotaje hispanoamericano.

En el interior el ímpetu heroico de la juventud deberá dirigirse, lejos de la milicia y del mitin, a la colaboración en la conquista de las tierras incultas y de los climas peligrosos de la selva y del trópico. A su vez la transformación de la Universidad en colegiatura de la ciencia aplicada permitiría el desarrollo de empresas que a semejanza de lo que en la Argentina se ha hecho con el petróleo, fuesen lentamente rescatando para el Estado las plantas de energía eléctrica, las comunicaciones.

Un frente único para la salvación de la patria en lo económico, lo moral y lo político. Pero esto requiere unidad de acción, que a su vez nos obliga a desistir de toda suerte de conflictos, partidarios unos, artificiales otros, como, por ejemplo, la intromisión de la política en el campo religioso que crea situaciones tan pavorosas y estériles como la mexicana de los últimos ocho años. En vez de dividir a los hombres por cuestión de creencia en los dos fanatismos clásicos: conservatismo, liberalismo jacobinoide, juntemos a las multitudes bajo el ala de la libertad. Y con respeto recíproco nos haremos fuertes para las tareas de la ventura humana.

Censuran muchos al pensador porque no da un programa fijo cerrado. Se olvidan que esto que es exigencia de los partidos en su acción política no puede ser el credo de un doctrinario de la realidad. Sólo en lo moral se pueden, se deben dar normas estrictas. La moral que no es absoluta ni merece el nombre. La conducta individual debe estar sometida a un método mejor cuanto más inflexible; pero la corriente turbia de la vida colectiva es algo que va engendrando sus propios sistemas. Y lo único que debe exigirse al observador es la sinceridad en el examen, la valentía en la formulación de lo observado. Y vale más no adoptar en lo económico normas demasiado rigurosas, que verse en el caso ridículo de retroceder con la excusa de la exigencia de táctica. En el instante mismo de estar determinando los programas mínimos de la sociedad, la economía y la política, tengamos presente que en un Estado bien regido la economía es una práctica sujeta a rectificaciones, adaptaciones y emergencias, la política un medio de garantizar un orden fecundo y libre y sólo la ética es o debe ser una norma fija, perdurable y todopoderosa.

3, Noviembre, 1933.

Poemas proletarios

= Envío de *Arturo Zapata*. Manizales, Colombia =

TEJEDOR INDÍGENA Y SUPERPRODUCCIÓN

¿Tienes un telar, camarada?

Los telares tienen una música seca de tempestad,
de lluvia asordinada.
El grito monótono de las ruedas,
se debe envolver como un hilo duro en tu corazón.

¿Recuerdas los cabuyales verdes,
el bosque de pencas balanceándose en el viento?

¿Recuerdas las cuchillas destrozando las hojas gruesas
y los haces de fibra mojada,
emblanqueciendo en el sol?

¿Recuerdas la espuma verde
que se pegaba a las paredes de las acequias?

¿No te recuerda nada ese paisaje?

¿No te sientes ligado a él, camarada,
ahora que tienes un telar?

Tejes, tejes y nadie te comprará.
Eres un productor solitario y sin órbita
y te quedarás con las manos vacías
esperando en las plazas de las aldeas.

Tu grito será absorbido por el espacio
como el agua por la tierra reseca.

Tu telar se quedará tejiendo para el vacío.

¿No ves, camarada, que va a llegar el hambre
a paralizar el cordaje angustiado,
porque crees que tejiendo, tejiendo siempre,
ciegamente,
vas a vivir tu destino?

ENTIERRO DE 4.ª CLASE

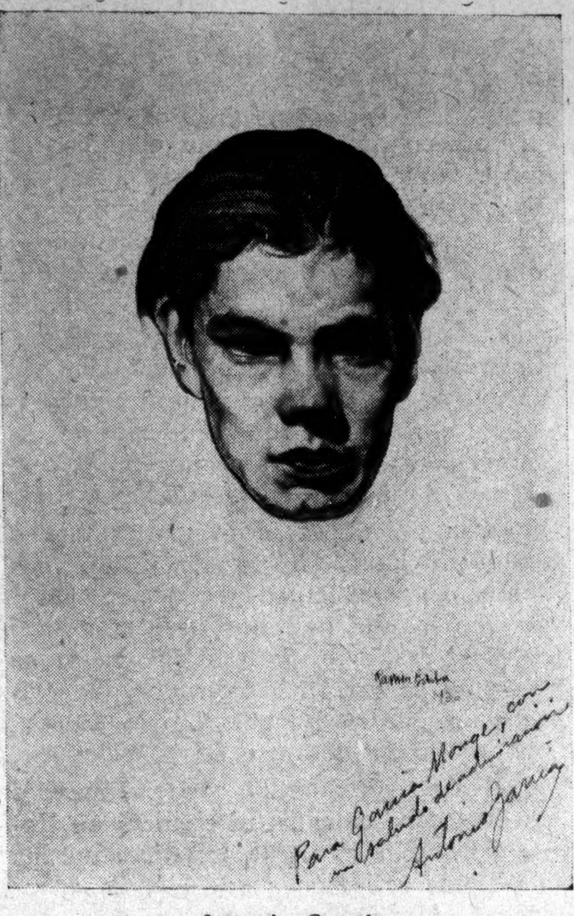
Camarada:
entierra en el campo a tu mujer!

¿No te gusta la sombra de los pinos
que trasciende a huerto viejo?

Ya sé que quieres oír campanas enlutadas
y rezos tristes
y ver cruces negras en los altares
y oler el aliento frío de la cera
y de los acres tumultos de fieles.

Pero las campanas y los rezos y las cruces
y los tumultos fervorosos,
han subido de precio.

Las arcas de Dios tienen hambre,
pero es preciso que tu miseria no las alimente.



Antonio García
(Apunte de *Ramón Barba*)

Todos los lutos y los júbilos religiosos,
son la máscara de una burguesía plana
y de una industria estéril.

¿Buscas quién se entristezca contigo?
¿A quién le importa que haya muerto una mujer,
una mujer como tú, de cuarta clase?

CAMPESINO EMIGRANTE

¿Vas, camarada, al pueblo?
¿Sueñas con la vida mejor,
con los placeres nuevos,
con el mundo nuevo,
con el descanso, con la alegría,
con la libertad?

Llevas la energía creadora en los músculos
Llevas la fuerza motriz del campo en la sangre.
Eres fuerza elemental como el aire, el agua o el fuego.
Eso está bien.
El mundo del que esperas, en el que crees,
al que te entregas,
siempre ha vivido de hombres como tú.

Mira a tus vecinos que han ido a los pueblos.
Míralés las manos, el pecho, la cara.
¿Cuerpos inservibles? ¿Rezagos de carne?
Esto han traído de la milagrosa molienda de las fábricas.

También tenían energía creadora y fuerza elemental,
pero los saquearon los talleres
para mantener la prosperidad burguesa.

Mira sus ojos amargos que vieron dilapidar
su propia sangre.
Mira sus brazos largos que lucharon frente a la máquina, por la redención del mundo.
Mira su corazón que fué el favorito de las metrallas
y hoy es el eje de un cadáver ambulante.

Y pregúntales, camarada, por la vida mejor,
por los placeres nuevos,
por el descanso, por la alegría,
por la libertad.

MATRIMONIO DE OBREROS

En esta noche blanca,
tú pasarás con ella la primera noche de hambre:
en esta noche blanca
en la que se ha edificado el paraíso universal.

Sin embargo, tu hambre no hará sombra en la tierra
y hoy, camarada, tampoco en tu corazón.
Tu carne cansada se dormirá
exprimida sobre el vientre donde ha de crecer tu hijo.
¿Crees que es tu hijo, camarada?
¿Crees que es la obra bella de tu sangre?
¿Crees que te vengará
ocupando tu acre rincón en el taller,
echándose al cuello tu cadena perpetua
o aliándose con tus explotadores
para libertarse de tu sangre?

Yo sé que seguirá tu camino,
tu férreo camino sin horizontes,
sin apartarse de él, porque tu sangre es pesada.

Le dejarás dos alas de plomo para que conquiste el mundo.
Le dejarás la soledad de las grandes miserias
y el silencio de la confianza angustiosa.
Eso es todo.
¿Quiéres decir que él seguirá esperando
la resurrección de Dios, de la justicia y de la tierra prometida?

Sí, camarada; tendrá los ojos grandes,
pero los comprarán para una noche como ésta,
mujeres aristocráticas y lujuriosas.
Tendrá los brazos robustos
pero los venderá, para comer, y le quedarán como dos tallos vacíos.
Tendrá el cuerpo fuerte,
pero el mundo beberá de él y lo echará luego sobre ti como un bagazo.

En esta noche blanca
has hecho, camarada,
el camino para que otros visiten tus ruinas.

Antonio García

Se habla de dos libros costarricenses

= *Envío de los autores* =

UNA OBRA EJEMPLAR:

MARIO SANCHO: *Viajes y Lecturas.*

Hay libros cuya eficacia se agota en su pura lectura, en el goce que producen sus consideraciones, algo así como una pintura, o, mejor aun, un objeto de arte menor. Muy perfectos. Libros. Así, con mayúscula. De otra suerte, ni habría que mencionarlos. Pero la obra de Mario Sancho no cuenta entre esta clase, muy respetable, de libros entretenidos, por llamarlos de alguna manera. El ramo de magníficos comentarios que nos brinda este sugestivo escritor pertenece a un linaje que en la etiología literaria ocupa un rango mucho más elevado. Cada uno de estos artículos es una sugerencia, una invitación a meditar, a discutir. En cada línea se apuntan—con una discreción insuperable—tesis, actitudes sobre los más inquietantes problemas de nuestros tiempos, de esta época en que la cultura humana se encuentra en una encrucijada-laberinto, y, para seguir adelante, le precisa poner sobre el tapete la valoración del camino anteriormente recorrido —metodología, por desgracia, a la que no siempre quieren someterse las nuevas generacioenes, harto inclinadas a contundentes e irreflexivos dogmatismos.

No disponemos de suficiente espacio para hacer de esta obra la verdadera crítica a que se hace acreedora: sería necesario darle tanta o mayor extensión que la obra misma. Pese a la sobriedad y serena claridad con que el autor desarrolla sus comentarios—sin olvidar su estilo terso y llano, especialmente en los de forma epistolar, que tanto recuerda a Juan Valera—, cada uno de ellos se presta a enjundiosos coloquios, verdaderos festines del intelecto.

Pero hay en la personalidad de este escritor un aspecto que por varias razones no debe pasarse en silencio: su actitud responsable y consciente que le permite escapar de la tenaza del tópico, sin que, por otra parte, incurra en la menor extravagancia. Fenómeno poco frecuente en nuestra época, tan amiga de difamar en las anteriores los mismísimos defectos en que ella tan lindamente incurre. Bien claramente lo puso de relieve Bernard Shaw, con su cáustico humor, al indignarse de que nuestros contemporáneos acusen de credulidad y gazmoñería a los medievales, cuando ellos — los que nunca han visto un laboratorio de biología—creen en las milésimas de milímetro. Anécdota, por desgracia, muy sintomática. Tanto, que alcanza el rango de categoría indiscutible. Para convencerse de ello basta leer con un poco de atención los capítulos de la obra de Mario Sancho sobre la importancia de la cultura española en y para América. Aquí se han recogido sin la más elemental precaución de pasarlas por el indispensable tamizo crítico, las más apasionadas críticas—o simplemente, unilaterales, y por este solo hecho, absurdas—que pretendían desmerecer la enorme aportación de España al acervo de la cultura humana. Si alguna de estas críticas contiene a veces algún elemento aprovechable, es, por otra parte, absolutamente necesario desprenderlo de la ganga pétrea de las preocupaciones personales de un autor que acaso se deja llevar a veces por tópicos y prejuicios atávicos, cuando no por una falta absoluta de perspectiva histórica, olvidando que lo que hoy nos parecería anacrónico, era, referido a la época que se trata de juzgar, el único valor que privaba no sólo en España sino en todo el mundo civilizado—que la radio, señor, en el siglo XVIII no se conocía, aunque parezca cosa extraña, **ni siquiera en París** (!). No hay que repetir aquí las luminosas reflexiones que a este aspecto hace Mario Sancho. Sólo añadiremos una recomendación a los hispanoamericanos que no abunden en las ideas de este egregio comentarista: que se tomen la molestia de comparar, primero, la labor cultural de la colonización española con la de otros países, no sólo en las mismas épocas, sino incluso poniendo de lado la española de los siglos XVI, XVII y XVIII y las más acreditadas de nuestros días, y, además, que no olviden que precisamente en la última época, en que, antes de su independencia, estuvieron en contacto con la cultura española, ésta se encontraba en un plano, por lo menos de igualdad, y en muchos aspectos, de superioridad, en parangón con las demás culturas nacionales coetáneas. La época de Fernando VI, Carlos III y en buena parte, de Carlos IV — Godoy—, es tan brillante como la del primer país del siglo XVIII en Europa, y ésta es precisamente la que les debió quedar en la boca a los valores americanos emancipados. La época caótica que siguió después—, muy parecida, por cierto, a la de los primeros pasos de algunas de las naciones americanas emancipadas — no influyó ya en América, y lo doloroso—no sólo para España, sino quizás en parte mucho más importante aun para América—es que no llegara a influir en ésta, sino muy esporádicamente, la brillante resurrección que en la Península se conoce con el nombre de "Generación del 98".

En este problema, como en casi todos los que comenta, Mario Sancho no se ha dejado llevar de la cómoda actitud de amoldarse al tópico. Nos inclinamos con respeto ante esta noble—o inteligente, que en el fondo es lo mismo—personalidad, orgullo legítimo para la cultura nacional que puede llamarle suyo.

X

San José, Costa Rica, 1934.

¿Y QUÉ HARÉMOS DESPUÉS?

Al admirado poeta *Max Jiménez*, en San José, Costa Rica.

Han transcurrido varios meses desde que recibí de usted "Quijongo". Leído su libro, siento especial agrado en decirle que lo he hallado lleno de fresca y matinal belleza, animado de un espíritu de fácil y lírica libertad. Es de los libros de América donde el alma de las nuevas generaciones, por mano de muchachos y viejos, se está esforzando en dar a la humanidad un arte nuevo, en remozar los motivos de la inspiración poética y ensanchar el alcance divino de la palabra humana.

No soy hombre de letras. El instrumento literario en mí, ha servido, y servirá todo el resto de mi vida, para realizar mi devoción a la justicia, para distribuir lo que de verdad encuentre en mi camino y para contribuir, por último, a la distribución de la verdad adivinada por los otros. Sin embargo, siento un deber moral seguir, con reflexiva atención, el movimiento artístico de los tiempos que corren. Yo sé—y para mí es arrebatadora evidencia—que la conquista del pan para todos, aquella de que nos hablara, en nuestra adolescencia, la palabra incenciada de Kropotkine, está por ser una tangible realidad gracias a los progresos del maquinismo—de que abominan algunas inteligencias obliteradas por la ignorancia—y a una superior organización económica de la sociedad contemporánea. Y me he puesto a pensar, con honda y estremecida zozobra, en lo que ha de venir después, en lo que devendrá. ¿Cuáles serán los ideales de los hombres cuando tengan a la mano todo el pan de que han menester, como las legiones de Is-

rael gracias a la bondad del milagroso corifeo? ¿Cuál será el propósito de las nuevas luchas, el día en que el hombre, vigorizado y satisfecho en lo material, sienta de nuevo el acicate vencedor? ¿No es verdad acaso que cuando la carne duerme, el alma se empeña en elevarse? ¿Y qué será el mundo sino un festín de barbarie, de brutalidad, de egoísmo, de vulgaridad indigna, el día en que sobre el pan y falte la luz?

Estas reflexiones, lo suficiente intensas para estremecer el alma de cualquier hombre, me han llevado a advertir la conveniencia de que el mundo—a las puertas del logro material — se capacite por medio de la cultura y bajo el toque celeste del arte, para una superior vida mental. El arte y la cultura, pues, vienen a ser ahora, como elementos esenciales en el enaltecimiento del espíritu, el supremo interés social.

Por eso resulta noble el empeño de los poetas de América, como usted, en embellecer la vida con la primicia lograda del arte. Y más trascendental resulta esa obra si el arte viene a sacudir en nosotros fibras nuevas; si nos arrebata con motivos hasta ayer desconocidos, y si bajo la seducción de su poder la mano del hombre se adelanta a poner en orden las ruinas y a sujetar a reglas y armonía lo informe.

Tal vez la nueva obra literaria, especialmente la poética, de la hora, tenga mucho de inconexo, vago y artificioso, Se trata, en realidad, de algo que está haciéndose, definiéndose, precisándose, aún. Pero es tal la novedad del color y la esencia, tan ligera y feliz la alegría de su inspiración, que más que una música nueva, parece la revelación jocunda de un instrumento nuevo.

Este libro de usted, como los anteriores, me ha traído frescura y paz a la mente y al corazón. Faltaría a mi sinceridad si no me apresurase a enviarle mis más cordiales parabienes, con votos de que América, nuestra gran patria común, deba a usted, en lo futuro, una contribución aun más hermosa.

N. Viera Altamirano

La Unión, El Salvador. Enero de 1934.

El modelo estrófico de los "Layes, decires y canciones" de Rubén Darío

= De la *Revista de Filología Española*. 1932, Madrid =

En su artículo sobre **El modelo estrófico de los "Layes, decires y canciones" de Rubén Darío** (**RFE**, 1932, XIX, 283-287), D. José María de Cossío coincide exactamente con la tesis de mi artículo **Rubén Darío y el siglo xv**, publicado en la **Revue Hispanique** (1920, t. L, 324-327). Coincide en señalar la fuente — el **Cancionero** publicado por Pérez G. Nieva—y los modelos estróficos de cada composición de Darío. Coincide también en la opinión de que el poeta nicaragüense arcaíza en las formas métricas, pero no en el estilo. Darío imita a Pedro de Santa Fe, sin embargo—según indiqué en mi artículo — al intercalar versos latinos en medio de los castellanos.

...La versificación — dije — es "muy siglo xv"; pero la materia es, por lo general, "muy siglo xviii", muy llena de "la Grecia de la Francia" (con curiosa mezcla de los nombres latinos y los griegos: Venus, Afrodita, Eros, Juno, Diana...) A veces hay "siglo xvii", Góngora (y, a través de él, Renacimiento italiano, Ariosto y Bernardo Tasso): "la lección que dió a Angélica Medoro", "el garzón de Ida". Y también frecuentes alusiones al amor hebraico: Ester, Belkiss, la Sulamita, y hasta la cita **Met et lac**... proviene del **Cantar de los cantares**...

Corresponden a la fase **Banville** de la obra de Darío: la curiosa exploración de formas caídas en desuso, pero que pueden dar de sí nuevamente elegancia o brillantez, como en los **Caprices**, las **Odelettes** y las **Améthystes** de Banville, o en los versos ingleses, sobre modelo francés, de Andrew Lang y Austin Dobson.

El señor Cossío dice: "No fué Rubén Darío un conocedor profundo de nuestra poesía pasada..." Afirmación cierta; pero conviene delimitarla, para oponerse a la opinión vulgar de que Darío sólo había leído literatura francesa. La verdad es que en su adolescencia leyó asiduamente la literatura española, tanto la de los siglos de oro como la del siglo xix. No solamente lo dice él en páginas autobiográficas: en sus versos de **Primeras notas: Epístolas y poemas** (1885) hay reminiscencias verbales de Fr. Luis de León, Lope de Vega, Lupercio Leonardo de Argensola, Rodrigo Caro, la **Epístola moral** y tal vez Baltasar del Alcázar. Consúltese en **Revista de Revistas**, de Méjico, 1923, el trabajo de don Jesús Zavala, hecho bajo mi dirección en el Seminario de Literatura castellana de la Uniersidad Nacional de México, sobre **Rubén Darío y la Literatura española.** El señor Zavala indica también reminiscencias de poetas españoles del siglo xix, como Zorrilla, y de poetas americanos, como el argentino Andrade y el venezolano Francisco Guaicaipuro Pardo. Después ha tratado nuevamente el asunto don Arturo Torres Rioseco en su bien documentado libro **Rubén Darío: casticismo y americanismo,** Harvard University, 1931. Las lecturas de la adolescencia explican cómo, debajo del fuerte barniz francés, persistió el color español en el lenguaje de Darío, y cómo su galicismo fué principalmente, según la expresión de Valera, galicismo mental.

Pedro Henríquez Ureña

Romance de la amistad póstuma

= Envío de *Salarrué*. San Salvador. =

Tres amigos enterramos
a Juan González ayer.
Cuando nosotros nos fuimos
la tarde le acompañó.
De estrellas entre sus manos
un rosario iluminó
y la tarde aquella tarde
para orar se arrodilló.
Juan González era un hombre,
era un hombre que murió.

Yo no supe que existía,
pero supe que murió...
Le ignoré cuando vivía
y éramos hombres los dos.
Que un amigo me rogara
que le fuese a acompañar,
que le ayudase a ponerle
en el fondo del cajón.
Era un hombre que partía
como yo me iré después.

Le conocí sin palabras,
me escuchó sin corazón.
Tenía la barba larga
que en la fiebre le creció.
La lengua que no pudiera
expresar lo que sintió.
La frente que quiso un día
no pensar lo que pensó.
Las manos que acariciaron
y la boca que besó
y la tristeza que abría
los dos ojos que cerró.

Ignoro si sufriría,
si tuvo mucho que amar;
si se arañó toda el alma
por encontrarse con Dios.
Si fué tan fuerte que pudo
vencerse con la ilusión.
Si naciera agonizando,
si muriera sin vivir...
Que Juan González vivía
en un hombre que murió.

Tenemos hambre de vida
por llenar el corazón.
La vida pasa en los hombres
como el tiempo en el reloj.
Juan González era un hombre,
era un hombre que murió.
Le quería más que todos
el que no le conoció.
Yo que fuí su último amigo
le he comprendido mejor.

Augusto Morales Pino

Guatemala, Febr., 1934.

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X
Suscrición mensual: ¢ 2-00

REPERTORIO AMERICANO
SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA
Desde que Garrison fundó su *Liberator* no hubo paz en la Unión: ¡cómo crecen las ideas en la tierra!—*José Martí.*

Representante en Hispanoamérica:
Alfredo Piñeyro Téllez
EXTERIOR: (El semestre, $ 3.50 (El año, $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

Horacio Quiroga, el hombre poderoso

= De *Tribuna Libre.* Buenos Aires. Envío de *E. E.* =

De nuestros entusiasmos queda un dejo de angustia. Los dioses se desmoronaron, fueron destruídos. Los ídolos de la Argentina eran sombras en el escenario de nuestro ideal. Cuando quisimos darles cuerpo, observamos que eran existencias inanimadas, espíritus sin poder. Sólo nos queda, entre otros, el entusiasmo por la obra de un creador singular, de un artista honesto y vigoroso. En rudo aprendizaje y existencia estrecha, pudo con esfuerzo siempre redoblado conquistar la posición más noble a que el ser puede acogerse.

Huyó de la ciudad cuando en él aún todo era intuición. Se entregó a la vida heroica, a la conquista de la tierra. Ya conocía París, pero su recia envergadura de soñador, le demandaba el dominio de la selva y del desierto. Misiones y el Chaco, fueron su tierra de promisión, y a ella entregó su esfuerzo, y allí recogió su fruto. El bien logrado no le hizo rico pero sí poderoso. Desde la selva y el desierto, manejando con destreza sus ideas, sus historias, su arte, el hombre conquistaba la ciudad. La muchedumbre de Buenos Aires leía con avidez los relatos trágicos y dominantes del escritor que la subyugaba. Su corazón latía lejos de la gran ciudad pero su espíritu influía en los sueños y en los anhelos del hombre de la metrópoli. Su nombre adquirió poderosa resonancia. Cuando bajó a Buenos Aires, la juventud le acogió declarándolo su maestro.



Horacio Quiroga

Delgado, de mediana estatura, sólo por la fuerza que lo animaba su cuerpo pudo resistir la lucha con los elementos. Sus músculos eran recios, ágiles y bravos. En su cabeza hermosa fulgía el talento y en sus ojos, el dominio de la razón espontánea y segura. Seres perdidos, naturalmente bravía, negocios desesperantes, la lucha entre la vida y muerte: le habían dado tema magistral. Su sentido de arte, su esforzada tarea, convirtieron los elementos ajenos a la civilización en un motivo de interés para ella. Aquel lejano rincón de la República, aparecía para los hombres del mundo como una fantástica realidad a la que ya no podrían sustraerse. El cuentista dominaba, por la forma de narrar, aquella existencia: las luchas, la tragedia, el sentimiento humanitario y democrático que denunciaba por sus héroes, agitándoles en una estructura personal, y fundiéndolos en un estilo propio. Desde Misiones o el Chaco, enviaba, a revistas y diarios, su correspondencia periódica. Conforme a su conciencia, a su honradez, a su propia estimación, no se prodigó tanto como le exigían. Se impuso la autocrítica más imperativa, hasta el último esfuerzo. Sus ideas eran irreductibles como la naturaleza que le rodeaba. Había aprendido a no dejarse vencer con facilidad, a iniciar un trabajo y terminarlo, a concebir una empresa y ejecutarla. El sentido doloroso de la vida desbordaba su imaginación, y así sus héroes fueron imágenes de una existencia de tormentos. Pero el hombre sabía soñar por sobre los muros que le esclavizaban a la vida. Su fe vibraba en el libre sueño de sus deseos.

La ciudad era suya, la había conquistado. Una cantidad de jóvenes le siguieron. Se le celebró ampliamente. Diarios y revistas, pagaban a precio de oro su colaboración. Este bien no lo usufructuó por mucho tiempo, compartiéndolo con sus discípulos. A éstos se les prodigó atenciones. Viajaron por el país y por el extranjero. Conquistaron fama. En tanto, el maestro, en la misantropía de su hogar, seguía realizando su obra. Sus discípulos no pudieron superarla; ninguno le aventajó. Sólo obtuvieron posiciones, mientras el hombre-guía quedó alejado y pobre. Diez años de vida en la ciudad le enseñaron que, como en su iniciación, estaba solo, si bien sus discípulos seguían honrándose con él. Ellos ocupaban el lugar que sólo a él correspondía, pues los directores de las publicaciones le desplazaron por sus continuadores: su colaboración costaba más cara. Treinta años de trabajo, de éxito, de gloria, le coronaron de eternidad en el olvido, en la muerte...

La ciudad donde triunfó, le ahogaba como una sepultura. Horacio Quiroga hubo de abandonar Buenos Aires, que le aclamara, y retornó a la selva. Como treinta años atrás, Misiones le volvió a tener en su seno. El Hombre retornaba al viejo sueño, asombrando nuevamente su pureza. Su obra era la realidad de una maravilla distante, y al iniciar la nueva juventud, entregó su testamento al más fiel de sus discípulos. Libre de su pasado, está de nuevo frente a la vida, poderoso alucinado de esperanza. La selva le acuna en su eternidad; en su eterna juventud!

Lázaro Liacho

Imprenta «LA TRIBUNA»